

Preguntándola un huésped: ¿Cómo se llama, huésped? Respondió que Cobana Restona, y con él se quedó. La triste quiso decir que se llamaba Juana Redonda, y por decir Juana Redonda, dijo Cobana Restona. No hay que espantar, que si los moldes con ser de molde se yerran, que la lengua se yerre de noche y á oscuras y en tiempo cargado y con nieblas en el cerebro, no hay que espantar. Despues de este suceso se mudó nombre y sobrenombre, y se llamó Sancha Gomez; mas para memoria del antiguo nombre de Cobana Restona, le hallarás en la suma del número, en lo sobrado de los piés cortados, que soy como çastre hacendoso que hasta los retacitos aprovecho. La cuitada, para echar el resto á sus pesadumbres, traía un muy grueso cordón, que mas parecia bordon, segun era duro, nudoso y grueso, que á los dos lados de este gordo cordón tenia una bolsa y llavero de llaves, la bolsa de la hechura de huevo de avestruz, el llavero tamaño y con tanto hierro como el incensario de Santiago. Miren si esta carga era para doblegar una mujer, que parecia que constaba de solo carne momia, ó que era carne sin hueso como carne de membrillo. Sin duda era mala vision; toda ella junta parecia trozo de roble; era gorda y repolluda; no traía chapines, sino unos zapatos sin corcho, viejos, herrados de ramplon con unas duras suelas, que en piedras hacen señal. Los anillos de sus manos eran verrugas, que parecían botones de coche en cortina encerrada; nariz roma, que parecia al gigante negro; los labios como de brocal de pozo, gruesos y raidos como con señal de sogas; los ojos chicos de yema y grandes de clara; gran escupidora, que si comenzaba á arrancar, arrancaba los sesos desleidos en forma de gargajos.

Tenia dos lunares, en las dos mejillas, tan grandes que entendieran bolargas untadas con tinta. Parecia ella por cierto en la sodomía del rostro no muy avisada, aunque para su cuento nada boba, y menos descuidada en casa; destapóse, y echaron de ver cuán endiablada cara tenia, pues no bastó mi presencia para aparroquiar el meson de pisaverdes, que en fin, como dijo el otro, poco puede un buen despejo donde hay un buen despejo.

Luego que columbró gente la mesonera, vino á recibirnos de paz, aunque antes de hablar disparó una rociada de gargajos, y yo la hice la salva á la gran salvaja primero que ella bajó solas seis gradas de la escalera de su casa para dar conmigo y proveer de recado. Ya tenia mi mochillero echado á mi jumenta todo buen recaudo de paja y cebada; anduvo agudo el muchacho, porque en un momento columbró que en los pesebres habia reliquias, y parecióle darlas á besar á mi burra, porque ganase las dulugencias: cosa del diablo, que en un invisible aparvó el muchacho un gran monton de comida. Solia él decir que un pesebre recién vaciado era la era de Dios, y que allí cogia él mas que si sembrara. Bajó la huésped, si á Dios plugo, y me dijo: ¿Cuánto quiere de cebada, hija? Yo la respondí que de nada abajo cuanto quisiese me diese. No entendió el jeroglí-

fico, y antes pensó que decia que de medio abajo le diese algo; iba á echar un cuartillo, que es racion de burra, yo la dije: Tenga, madre, que mi burra ayuna y viene acebadada. Con esto soltó el rasero y acudió al harnero á dar paja; el muchacho, que era agudo y decia sus gracias de en cuando en cuando, la habló á la mano, y desde léjos la dijo: Madre, tampoco es menester paja, que está la burra empajada, acudiendo á que yo habia dicho que estaba encebada. La Sancha estaba atónita oyendo la nueva jacarandina, y muy asustada dijo con mucho pasmo: Nunca tal vi ni oí de burra, aunque ha que trato burras mas de veinte años. El barbero echó cebada por sí y por otro, que era tan franco como bobo, y con esto se fué á comprar sus ventosas, y yo quedé con mi mesonera, que de ella á una ventosa encarnada habia muy poca diferencia.

Llamábase la mesonera Sancha Gomez, y siempre se me iba el silbato á llamarla Sancha la gorda como á la tripera de Jaen; luego que vi el talle de la mujer y el ingenio de ramplon, se me ofreció que habia de hacerla algun buen tiro, y asesté á este blanco, poniendo en razon la ballesta de la atencion, el arco de palabras dobles, el virote de la lisonja y el jostrado de mi perseverante ingenio; sentéme á sus piés, habléla con mucha humildad y vergüenza, y llaméla madre y hermosa, y estuve con ella mas amorosa y retozona que gato de monasterio. Ya yo sé que la discrecion tiene tres partes: la primera, olvido de majestades; la segunda, halagos de palabras, y la tercera, inquisición de secretos, á cuya causa el prudentísimo Mercurio tenia por armas el perro retozon, el lobo olvidadizo y la culebra escudriñadora; y puesta en este aviso como loba, me olvidé de otras curiosidades y designios y aun de mis narices, que á acordarme que las tenia, no sufriera un olor de la rabia y de la mesonera, que todo es uno; mas hiceme cuenta que olia boca de lobo; como perrita de falda la hice mil halagos, y como culebra la saqué cuantos secretos tenia, y sin duda la caí en gracia, que es gran cosa entender el trato como yo lo entendia desde que mi madre me crió, que fué flor de mesoneras. Con estas mis razones la ataladré los hígados á la buena vieja, y me dijo de *p á pa* toda su leyenda, tomando por presupuesto el declararme su Sancho nombre en vano, y el apellido de los Gomez, si bien me acuerdo redujo su linaje á los goznes de un arqueton de un molino, de adonde vino que sus abuelos se llamaban Goznes, sino que se corrompió el nombre, y como cuando á ella vino venia corrompido, la llamaron Gomez; todo lo hacia por asentar conmigo al oído el nuevo nombre, porque el antiguo de Cobana Restona no viniese á mi noticia, y era boba; yo al principio pensé que lo redujera á la tarasca, que en mi tierra la llaman la Gomia, que tiene simpatía con el nombre de Gómez; pero no me estuvo mal que se apellidase de los Goznes, para que su arca me diese puerta franca. Díjome cómo cuando era moza traía una albanega labrada con hilo acaparrosado, con unos majaderitos que entonces se usaban, y un rodete hecho de cabellos trenzados sobre alambre; galana Inés con

trenzas de pábilos y rosario de agavanzas. Mil cosas me dijo de los trajes de su tiempo, que si era como ella lo pintó, andaban las gentes vestidas de monas. No hubo cosa que me escondiese. A lo menós, si todas las mujeres tuvieran tan buen desportaje, no se quejara el momo ni Alonso de la fábrica humana, ni retara la falta de no haber puesto Dios vidriera al lado del corazon por donde se vieran sus secretos, aosadas que la vi el alma, pues decir que me escondió los trances de sus amores en cecina, todo lo dijo, y allí vi cuán poco debien al amor los discretos, los galanes y las damas, pues aquella habia tirado sus gajes. A esto dice el amor que estos son los encuentros de cuando juega á la pita ciega; mas á otros con eso, que eso fuera si él jamás saliera de ciego.

Mas ahorrando de cansadazos cuentos é historias que me contó, yendo á lo que hace al caso, diré una, que fué la que me abrió camino para mis deseos. Teníame ya por tan suya, que quiso repartir conmigo de sus males y descansar de sus penas, y no lo errara; como tenia por suyos mis oídos, tuviera tambien mi lengua; pero no echó de ver que donde una puerta se cierra, ciento se abren. A este fin me dijo, no sin algunos suspirones enalbardados con lágrimas, cómo ella habia hecho diligencia de juntar algunos huevos para vender á los huéspedes que habian venido á las fiestas; mas que como valieron las truchas baratas, no gastó siquiera uno, de que estaba muy apesarada, porque tanto venia á ser la pérdida en los huevos como la ganancia en posadas de huéspedes; de camino me dijo cómo por temor de traviesos huéspedes estudiantes habia escondido los tocinos, miel y manteca. Vayan conmigo por caridad, ¿qué alma habia de escaparse de inquieta y azorada, sabiendo que estaba donde habia tocino, huevos y miel? Qué entendimiento hubiera que no moliera mas que un molino? Qué voluntad que no se engolosinara, ni qué memoria tan olvidada de su estómago que no le hiciera amistad en semejante trance? Pero vamos con el cuento, y advierte que me precio de llevar una ventaja á las mujeres, y es que otras comunemente trazan para de repente; yo soy mujer que trazo á lo gatuno, quiero decir, que me estaré un dia aguardando lance, como cuando al ojeo de un raton está un gato tan atento y de reposo, que le podrán capar sin sentir, segun está atento á la caza.

Despues de todas nuestras conversaciones, como ella se fiaba de mí, me dijo que la alumbrase con un candil á sacar de un bodegon todo lo que habia escondido, segun y como mas largamente lo habemos referido. Alumbréla, trasladólo todo á una alacena con la veneracion y atencion que si fuera cuerpo santo: cena y todo lo encerró so el poder de una llave que traía asida de un cordón hartó manido y jugoso, el cual se echó al cuello por sobre toca, y la llave por Joel, con la estima y respeto que si fuera llave del arca del tesoro de Venecia. Yo no andaba muy sobrada de comida, como ni de dineros; pero nunca hay falta donde traza sobra, en especial en esta ocasion, en la cual con el dedo se adivi-

nara que era muy cierta la merced de Dios, que asi se llaman huevos y torreznos con miel. Fué de gran consideracion para mis trazas que no habia otra persona al meson sino sola yo, porque una criada, y mal criada á lo que dijo la Sancha que tenia, se le habia ido de casa, y á lo que piadosamente se cree, con un requero que la trajinó hácia Santander, donde son los buenos besugos y frescos.

Como anduvimos la vieja y yo haciendo san Juan, traspalando mil géneros de baratijas que tenia escondidas, por temor que tenia de que los estudiantes se las hiciesen declinar jurisdiccion, quedó muy cansada, y no me espanto, porque yo no la ayudé á nada ni la ayudara, aunque la viera echar los bofes á tarazonas, antes me holgaba de verla despeada como puercio en camino de feria. Pareciame que para lo que habia que nos conociamos, bastaba que la alumbrase con un candil tan trabajoso, que á puro amecharle me dolian los dedos: maldita sea tan mala invencion como fué la de los candiles; he oido decir que todos los malhechores tuvieron parte en la invencion de los candiles, y que inventó el garabato un gitano, la punta un ladrón, la torcida un judío triste, la crisuela una vieja, y el cazo un tayo, y el atizador una sodomita, y el fuego trajeron prestado de una aldea del infierno. Miren qué año para no me cansar yo en entender con este malhechor; la pobre Sancha Gomez, con el ansia de acabar su tarea y componer las alhajas de su cosa, no cesó hasta que todo lo puso en buena razon y gobierno. Solo su cuerpo quedó desgobernado con el desmoderado cansancio de las idas y venidas del bodegon al aposento, y tan molida y quebrantada de piernas y cuadril y caderas, que le fué forzoso en acabando estas diligencias irse derecha á la cama, aunque no muy derecha, pues á cada paso se le torcia el cuerpo, de modo que parecia que iba sembrando cuartos de mesonera ó que era morcilla al aire. Desnudóse, y como iba sudando, y el desnudar era tan espacioso, resfrióse, y con esto le sobrevino al cansancio un dolor de panza tal, y con él tan apresurados cursos, que entendí serle mas fácil el parir que el parar; dos mangas de arcabuceros no trajeran mas obra é inquietud que ella. Al cabo se echó; ya la tuve un adarme de compasion, y quisiera acudir á su consuelo, viendo lo que por ella pasaba; verdad es que si alguna era mi compasion, mayor era la pasion que yo tenia por mirar en cuál lugar ponía la mesonera el tuson, digo el cordelejo untado, con el pendiente de la llave de la alacena; porque me importaba para mi traza, que no era mala. Como estaba tan congojada y decia á voces que se moria, pensé que tambien se le muriera el cuidado de la llave; mas si no lo han por enojo, despues de desnuda y en camisa, la puso otra vez al cuello en lugar de gargantilla; miren qué hábito del Cármen. Lo cual parte me hizo reir, porque se me acordó del morisco que comulgó para morir, puestas las manos, y tenia entre ellas muy apretada la bolsa, y en parte me hizo rabiarse, de ver que mi traza se iba descabalando, que en fin, entre aves de caza, primas y oficiales, en el primer

vuelo se adivina el alcance y se ven las ventajas. Mas con todo eso volví sobre mí, considerando que no hay castillo roquero ni alcázar pertrechado que deje de rendir su entono y descervigar su presunción si se ve sitiado de una perseverante estratagema ó imaginación constante, determinada á morir ó vencer. Acrecentó mi ánimo ver el poco que tenía la vieja. Ello la diablesa de la Sancha estaba perdida, y quejábale de modo que, á no ser mal conocido, yo pensara que hacia cuenta con pago. Pluguiera á las ánimas de purgatorio, que si así fuera, á fe que habíamos de ser herederos *ab intestato* Araujo y yo. Pero guardábame la ventura para serlo *in solidum* de la morisca de Rioseco, segun verás en el tercer libro, que ya asoma la caperuzza como la sota de bastos. No dicen que el gato hizo un testamento, en que mandó á sus descendientes todo lo puesto á mal recaudo, y por no se hallar presente el gato, entró el raton *ab intestato*, con decir que él y el gato se parecían en el color del pellejo; y viniendo el gato á cobrar su testamento, el raton lo tragó y royó, á cuya causa quedó perpetua disension entre gatos y ratones. Pues segun eso, bien pudiéramos Araujo y yo ser herederos *ab intestato* de Sancha por la parencia, puesto que Araujo se le parecia en lo bobo, y yo en lo mesonático. Pero dió en no se morir, y yo en que con su candil habia de encontrar la merced de Dios con miel encima, como dijo el bobo.

APROVECHAMIENTO.

Débense guardar las viejassencilas de mozelas, que con halagos conquistan no tanto su amistad cuanto su hacienda.

2.—DE LA BIZMA PEGAJOSA.

Sextillas de pies cortados.

Sancha Gomez mesone-
En su meson recebi-
A la Picara Justi-
Y al mochillero barbe-
Linda trinea por mi vi-
De mazo, fluj, y prime-
Tomaron la posesi-
De la apacible posa-
Y la Sancha los rega-
Mas llevó su mereci-
Que quien hace bien á rui-
Jamás espera otra pá-

La primera que oyó ficciones en el mundo fué la mujer. La primera que quimerizó y fingió haber remedio cierto para muerte cierta fué ella. La primera que buscó aparentes remedios para persuadirse que un daño claro habia remedio infalible fué mujer. La primera que con dulces palabras hizo á un hombre de padre amoroso padraastro tirano, y de madre de vivos abuela de todos los muertos, fué una mujer. En fin, la primera que falseó el bien y la naturaleza fué mujer. Dirás, hermano lector: Pues, Justina, ¿adónde apuntan los registros de ese breviario? Anda, déjame, letorcillo, que en haciendo un pinico de predicadora, luego me tiras nabos. ¿Sabes á qué voy? A que nadie se espante

si nos viere á las mujeres fingidoras, disimuladas, recelistas, bizmadoras, saludadoras, y todo sobre falso, que todo es heredado, y mas que yo me callo; y tambien voy á contarte lo siguiente. Ofrecióseme decir á Sancha, la mesonera que te he referido, que aquel hombre que venia conmigo, á quien ella habia visto apearse, era el médico de mi lugar, y que era muy inteligente y cursado en semejantes necesidades; y pardiez, arrojáme á esto, porque me hice cuenta que lo que allí habia que curar entre él y yo lo podíamos recetar, y dar una higa al médico, y dos á la bolsa de Sancha, y tres á la alacena, y mil á otras mil cosillas y adherentes necesarios. A este fin despaché á mi mochillero para que diese priesa á Bertol Araujo y que acabase de negociar en la plaza de regla, y viniere, porque importaba. Salió el muchacho tocando con la boca la trompetilla como pastareal, que era este su ordinario caminar. Mas cuando el muchacho salia del umbral del meson, ya Araujo venia cargado de ventosas, y aun de penas, á causa de que por haberse parado á ver una mona, se le habia caído una ventosa en el duro suelo. Y temiendo la estrecha cuenta que de ella habia de dar á su mujer en Mansilla, á quien temia como al fuego, comenzó á llorar, de modo que las lágrimas hacian correa, como si llorara arropo. Ello no me espantó que el hombre temiera aquella mujer, porque solia ella decirle al Bertol: Hola, Araujo, no me hinchas las narices, que por esta señal que Dios aquí me puso, y era un lunar, y por aquella luz que salió por boca del ángel y por el pan, que es cara de Dios, que esa tu cara te sarge. Miren, ¿quién no la temiera? Esto alegaba él, y añadía: Señora Justina, ¿ella no sabe que en toda Mansilla no la saben otro nombre sino Muerte supitaña? Pues ¿con qué ojos quiere que vaya yo á verla enojada? Querria mas ver cien diablos. Yo le consolé, y dije: Por cierto que me parece que ese su mal tiene tan fácil remedio como el lastio de la mula enfrenada del vizcaíno y el estar la rosela del sombrero adelante, que lo uno se curó con quitar el freno á la bestia, y lo otro con volver barras al sombrero. No diga él que compró mas de siete ventosas; y si pidiere cuenta del dinero, dígame que lo gastó en cebada, que hombre como él es forzoso gastar mucha cebada por estos caminos. Con esto quedó mas sosegado que el cornudo, á quien, llevando á degollar á su mujer porque habia parido de solos cuatro meses y medio, le dijo uno: Hermano, cuatro meses y medio de día y cuatro meses y medio de noche son nueve meses, y así vuestra mujer es nueve mesal; con lo cual dejó el cuchillo, diciendo: El diablo me lleve si te mato.

Tras esto le dije en cifra la burla que tenia pensado hacer á nuestra huésped; mas hablarle en cifra era hablarle en arábigo. Fuéme forzoso llegarme mas hácia él y decirle pan por pan lo siguiente: Amigo, yo le dicho á esta mesonera que sois médico de nuestro pueblo; tomalda el pulso y salios luego conmigo afuera, que yo os diré lo que habeis de hacer y lo que nos puede valer la trama si se teje. Ya yo le tenia acreditado con la mesonera, y díchole, á lo menos mentido de dos ó

tres curas milagrosas que habia hecho en mi pueblo, y que nunca hombre que él curase se murió. Todo verdad lisa, que eso de verdad siempre me precié de ella. Hizo lo que le dije, que era puro para rocin de talona, segun era de bien mandado. Solo lo que él exceptuaba en todos los mandamientos era que no le estorbare el llevar con cabezadas los compases á quien le hablaba, y que no le mandasen hablar, porque para semejantes ocasiones nunca tenia palabras hechas. Entró pues á la cama de la huésped, de la cual á una pocilga no habia diferencia. Sentóse el médico graduado en mi escuela; tomola el pulso, el cual con la inquietud andaba tan recio como mazo de batan. Advertíle por señas que la hiciese sacar la lengua, y la tentase estómago, hígado y espaldas, haciéndola volver y revolver barras por momentos. No hago caso de decirte cómo nos hizo ver visiones; solo digo que en estas tentativas se le aumentó el resfriado, y con él las quejas y deseos de que la curásemos. Hechas estas diligencias, nos salimos afuera yo y el hermano médico á consultar el mal y la cura; y á fe que he oido yo consultas de buenos médicos, que en graves enfermedades iban con menos tiepto que yo en esta ocasion. Resultó de la consulta que por mi órden en un tono bajo y grave definió una receta vocal por el órden que yo se lo iba diciendo, que si álguien lo oyera, mas aína pensara que era pregonar que recetar, pues iba diciendo conmigo; y acabóse el razonamiento con decir: Y no falte nada de lo que digo y ordeno. Yo le respondí amen, porque parecia mesa de órdenes, segun iba de grave y repetido. Con esto me entré adentro á intimar á Sancha mas distintamente lo que con un confuso sonido habia oido al doctor Bertol. Dijela: Madre, dice el doctor Araujo que á usted se le ha de hacer una bizma estomatica, y ha de llevar los requisitos siguientes: tomarás de lo gordo del tocino, que está mas metido y entrañado en lo magro de un pernil añejo, sin rancido ni corrupcion; derretirlo has, y con ello algo caliente fregarás las sobretripas, que por otro nombre se llama barriga ó espalda delantera, y juntamente las mejillas dentonas y molares del rostro, porque no acuda el mal á perlesía; despues de esto la fregarás el cuerpo con pan rallado; hecho esto, harás una estopada con doce ó catorce claras de huevos, no muy frescos, sin que se mezcle yema ninguna; sobre esto harás una sufasion de miel en buena cantidad, *el fiat mixtio*; eucerótenla y arrópenla. No entenderá todo esto, madre; pero lo principal y los materiales ya lo habrá entendido. Yo me ofrezco á ponerla las manos; y agradezcámelo, que con mi propia madre no hiciera esto. Manda tambien el doctor que despues de echada esta bizma, se esté queda y cubierta de ropa cuerpo y cara por espacio de hora y media, que con esto será su remedio cierto. ¿Qué me dice? ¿No me agradece la diligencia? Pues á fe que si no entendiera de ella que es liberal y dadivosa, y que en otra cosa me lo podrá pagar, no me ofreciera á tanto. Ella, que estuvo atenta á la receta, y tan medrosa que no se le ordenase cosa que costase dinero, como yo astuta en echar el cartabon de

las puertas adentro, acabado que lo oyó, dijo: ¡Oh, bendito sea Dios! que no le menester enviar fuera por cosa ninguna de las que ha recetado el señor doctor, que todo eso tengo yo de mi puerta adentro; y vos, hija, no perderéis de mí la paga. Tomá, hija, esta llave; con ella podréis sacar pan, huevos, estopas, tocino y miel. Cerrad la puerta de la calle, no entre nadie: treta vieja para decir que no le cogiésemos nada. Mas ¿con quién las habia? Yo la dije: No la hurtará hombre un pelo ni se disporná de nada, si no es como lo manda la receta. Fué necesario hacer lumbre; y como las mujeres somos soplonas de oficio, y no habia otra por el presente, cúpome á mí la tanda; mas por salir de este trabajo y por no rogar nada á soplos, supliqué al aceite de una alcuza que atizase por mi intencion. Remojé con ella los maderos verdes, hice una lumbre real, saqué la yema á un pernil de tocino, freila con una docena de huevos. Rechinaba el oficio, y la mesonera muy contenta, pensando que estábamos muy ocupados en hacerle su socrocio. Sacamos de pañales lo frito; pusimoslo á enfriar, mientras tanto eché en una escudilla el pringue de lo gordo del tocino, lo cual con unas claras de huevos llevé para curar á Sancha. Con esto la unté la barriga, y quedó tal, que parecia cordoban vaqueteado; con lo que sobró la floté los hocicos, de modo que parecia vendimiadora golosa. Tras esto le calafeteé todo el cuerpo con mucha de la clara de huevo y miel, con que quedó tan clarificada como pegada; tras esto la revolví las estopas al cuerpo y quedó de suerte que, en ser redonda y con pelos, parecia vellon en jugo, y en lo apretativo de las estopas y claras parecia cuba breada. Cubrila cuerpo y rostro y arropéla. Como todo su mal era cansancio y frio, con ropa y calor descansó. Dejé á mi Sancha cubierta como perol de arroz, sudando mas que gato de algalia, tan cubiertos sus ojos y sentidos, cuan atentos los mios por ir á despachar lo frito.

Cenamos, y no digo mas, porque sabiendo la cena y la gana, estáse dicho el cuento. Ya que vimos á la cena el fondo y bebido de la bota de cuero de Araujo, remordióme la conciencia, y fui á destapar el perol de Sancha. Halléla medio loca de contento, dándome por lo hecho mas gracias que si yo fuera el mismo *Benedicamus Domino* en persona. Parlaba tanto y prometia tanto, que temí no se resolviesen sus promesas en palabras, y las palabras en aire, que es su fin y su principio. Ya me enfadaba, y dijela: Madre, acabe de dar gracias tan repicadas en canto de órgano; déjelas para el *Gloria in excelsis*. Ofrecióme si queria quedarme en su casa, dándome á entender que no estaba fuera de hacerme heredera de su hacienda. Yo repudié la herencia, y repudiara mil á trueco de no quedar en la pocilga de tan gran cochina, porque temí que á pocos dias que allí estuviera, me convirtiera en chinche como la doncella Onocrotala, la cual, por ser tan puerca, fingieron los poetas haberse convertido de mujer en chinche, y que desde entonces este animal, por lo que tiene de mujer, busca de noche compañía, y por volver por su honra, busca ropa limpia, porque piensen que lo

es ella. Así que, herencia de á pié quedo, yo la repudié. Verdad es que si yo me quedara en su casa, á pocos sorbos como estos yo la pusiera á ella y á su hacienda tan en delgado, que ni tuviera para qué sacarse el auto ni para qué gastar un comino para dar al escribano por la nota del testamento ó codicilo. Bien sé yo que si le preguntaran á Móstoles qué le parecía de la burla, bizma y receta, dijera mal de ella, por cuanto no se recetó vino por la cura; pero no creo yo del clementísimo Móstoles que si me oyera mi razon y viera que no era justo hacer recetas dudosas, con que se pusiera la burla á peligro de dar en vago, dejara de darme por excusada. ¿No es claro que si yo recetara vino, corría peligro el querer sacar dinero, y tras eso se habia de dar cuenta á vecino? Sí. Pues ¿qué burla puede medrar donde el secreto se extiende á mas de á dos? Antes por esta misma razon enviamos á pasear el muchacho mientras anduvimos de botica; cuanto y mas que todo tenía remedio, ni aun yo le dí malo, y es el siguiente. Yo le dije al barbero: Señor licenciado, no es justo que la vieja deje de pagar la bota, pues lo bebido fué por su intencion. A la verdad, si yo quisiese de bueno á bueno sacar á la huéspedada para vino, bien creo yo sería el lance cierto; pero lo uno, por reservarme para cosas mayores, y lo otro, porque lo hurtado es mas sabroso, y aun de mas estima, porque va por obra del entendimiento y traza, quiero que con mas maña saquemos á Sancha dinero con que remojar la obra, que anda muy seca, como dicen los oficiales cuando echan la buena barba. ¿Qué hago? Dígola: Madre, ahora solo resta, para que el mal no acuda á perlesia, que se le echen dos ventosas en los dos carrillos. No hube bien dicho esto, cuando el Bertol, que estaba encarnizado en curar la vieja, desehvainó las dos ventosas; pero antes que se las echase, de comun consentimiento la hicimos muchas mamonas, con achaque de que era necesario hacer llamamiento de humores á las mejillas, para que la ventosa los desbombase. Ya que tuvimos gastados los dedos de hacer mamonas, y las reideras de celebrarlas, echámosle las dos ventosas, las cuales encarnaron y tiraron de manera que la boca se reia reuagando, los ojos parecian disciplinados, y los oidos como de fiebre. Con esto excedia la Sancha á los consejos de Caton, pues no solo callaba, como él manda en la cartilla, pero ni via ni oia, ni aun pedia. Con todo eso, la cubrí la cara con la sábana, porque de lo que no se veno se da testimonio, y con dos deditos eché mano á la bolsa de Judas, que tenia colgada á la cabecera, como si fuera disciplina, y saqué á discrecion cuartos, los que bastaron para lamprear los torreznos en la sartén de mi estómago. Ya dióme conciencia de tenerla tanto en el potro; y cuando la destapé estaban tan bien medradas las ventosas, que no se le via la cara. Parecia acémila de grande con armas de bronce en la cara. Tambien para quitar escrúpulos le dije al licenciado que si algo fuese de mas á mas, lo tomase por el trabajo.

Muchas veces me he acusado de esta gatada que hice

á Sancha, y estoy bien en que me culpen; pero no tanto como me culpó una vez un sota teólogo, que me dijo en una venta y sobremesa, sabe Dios con qué intencion, que él sustentaria que el mayor pecado del mundo era retozar con la bolsa, y que esto defenderia en pública disputa. ¡Hideputa traidor! Sin duda lo dijo por concluir que era menor pecado el retozar con las gentes que con la bolsa. Nunca arguí tanto como con aqueste cabrahigo de teología. Oye lo que le dije, que aunque es necedad meterse las hembras á tontologas, con todo eso sé que te holgarás de verme metida á teóloga. Díjeme: Señor talego, digo teólogo, no niego que burlas con la bolsa traen consigo carga de restitution. Bien sé que es gran pecado; pero no hay por qué hacer alborollas, sabiendo que una gran necesidad, aunque no todas veces excusa del todo, pero siempre excusa en parte, que aun los sabios para pintar la excusa, la pintaron muy flaca, hurtando un asador con carne asada, donde dieron á entender que no hay pecado mas excusable que aquel que procede de la necesidad de comida y sustento. Estuvo tan necio, que se puso á disputar conmigo, como si yo fuera la misma universidad de Bolonia, y arrojaba terlogías de dos en dos como pernadas de mulo, que no habia quien asiese una. Si alguna dijo que se le pudiese apuñar, fué que mirase que por gula se perdió el mundo. Yo pardiez, como vi que la teología me habia venido á las manos, díjeme: Ahí verá que este pecado de la gula no es tan desesperado, pues aunque fué principio de nuestros primeros males, tambien fué ocasion de nuestros postrimeros bienes. Tomaos con Justina, si se ha emboscado por el paraíso terrenal. ¿Qué pensaban? Concluí la disputa con darle un corregimiento hermanal, diciendo: Hermanito, ya que es sembrador, no me siembre de espinas el camino del cielo; distinga entre el ser golosa y pecar contra el Espíritu Santo; no quiero decir que no es mal hecho, que cristiana soy, y bien se me entiende, que comer á costa ajena no está en ninguna de las obras de misericordia, sino cuando mucho estará á las espaldas de los cinco sentidos corporales, juntico á los tres enemigos del alma, sino que es malo y remalo; pero no nos quiera decir que todos los pecados son de una marca. Ya me iba enojando contra los espantadizos; mas yo les perdono, con que rueguen á Dios me dé con qué restituir estas y otras burlas; porque no piense alguno que me ha de acontecer lo que fingieron haber acontecido á Eutropolo, que era gran burlon, conforme al nombre, y porque pagase sus culpas le convirtieron en mona, á la cual los muchachos hicieron muchas burlas, hasta tanto que lastó sus maleficios en el mismo género de sus ofensas. Ello no es posible este metamorfosis; mas cuando mis culpas lo hicieran posible, solo me consolará con que hay ya en el mundo tantas monas de medio mogate, que si yo lo fuera, fuera entre tantas monas monarca.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios por justo juicio suyo que quien gana

hacienda con engaño sea engañado de otros en honra, salud y hacienda, porque pague en la misma moneda sus delitos.

CAPITULO III.

Del bobo atrevido.

Liras semininas.

Es muy recio
El tiro del dios rapaz;
Y mas necio
Quien sustenta paz
Con el, que al mejor tiempo echa el agraz.
¿Quién pensara
Que el rey de la aficion
Intentara
Tirar á un bobarron
Flecha, saeta y dardo al corazon?
Mas sin pensar
Le hizo tal herida,
Que á perseverar
Justina dormida,
Hubiera de caer de recudida.

Sentíme muy cansada, y para remediar mi mal, determiné de echar la comida. Quiero decir, echarme yo y la comida sobre la cama, que eso llamo yo echar la comida. Quiero confesar una verdad, aunque no la doy de diezmo, que segun son pocas entre año, mas gana conmigo el alcabalero de las mentiras que el dezmero de las verdades. Es pues la verdad ciclana, que si el barbero Araujo fuera de otro humor, sin género de duda afirmo que no me atreviera á dormir sola en el meson tan junto á él, que el hombre solo y con mujer fué simbolizado en un nogal, junto á la hortaliza, la cual con su sombra se enflaquece, y con sus nueces se deshace. Mas como era un cuitado, parecióme que no se le entendia cosa de provecho, y que cuando tuviera algunas trazas, fueran enfermas, que no pasaran del quinto, aunque del quinto al sexto no hay mas que un tabique en medio. Con esto me acosté tan segura de que él cantara el alambre, como de que podia yo dormir de re mi fa sol la. Pero no hay que fiar en esta materia de hombre nacido, que antes las personas mas arrocinadas son mas tocadas de este muermo. Por esta causa fingieron poetas que animales, como son cisne, águila, cigüeña, pato, íbice, elefante y centauro, han acometido diosas celestiales. Dijo bien un filósofo de entre cuero y carne, que la pasion de procrear era muy divina y muy humana, muy alta y muy bajaza; por la parte que tira al bien comun es tan divina, que pretende que las bestias puedan arribar á las nubes, y por la parte que es tan terrena pretende deprimir las nubes. Como esta es cosa que no consiste en perfiles de razones ni en bemoles de palabras ni en curiosos ardidés ó estratagemas, por mi fe que estos asnos presumen de que para el caso hacen al caso mejor que los discretos. Verdad es que se explican mal, pero Dios nos libre de burros en descampado, que como no saben de freno ni le tienen, con todo atropellan.

Así que, estando yo durmiendo á sueño suelto, pasada ya la media noche y digerida la mona, me cantó el gallo muy cerca, y despertóme, y á no tener pepita, me

fuera mal con él. Fué el caso que el señor doctor Bertol queria hacer otra cura en casa, y no la huéspedada. Echen la buena barba, y vean á quién cabia el miedo. Yo debo de ser. Triste de mí, si no supiera conjurar fantasmas de entre once y mona. Yo que le sentí el humor y adiviné de qué pié cojeaba el muy licenciado, díjeme muy de priesa: Señor Araujo. Ce, ce, ¿no oye? Escuche, escuche, ¿no sabe? Estése quedo, no haga ruido. ¿Oyeme? Oya. El con esto detúvose, yaun creo, si fuera mujer, se le rayara la leche, segun tomó el espanto, á lo que él despues me confesó. Señor Araujo, dije, sepa que despues que se acostó han venido un monton de huéspedes, y yo por lástima que he tenido de esta pobre mesonera y porque no pierda la ganancia, los he hecho las camas, y acomodádoselos todos. Ahí junto á su cama está uno, y dice que es muy pariente mio, y me da muy buenas señas de que conoció á mi padre y á mi madre. Por su vida le ruego dos cosas: la una, que si le preguntaren si es mi pariente diga que sí, porque tiene traza este hombre de matarme, si sabe que estoy aquí con él, sin ser mi pariente, y parece un Rolandan. Lo segundo, le ruego que pise paso porque no los despierte, que vienen cansados y molidos de romería. Si se ha levantado á buscar jarrillo de orinar, hácia acá no hay, maldito sea aquel por ahora; yo le vi anoche debajo de su cama hácia los piés, búsquelo bien, que ahí lo hallará, ó si no, váyase al hospital de las cien doncellas (el hospital de las cien doncellas llamaba él el corral, por las tejas que en él destilan agua, y habléle en su lenguaje). Añadí: Tórnese á la cama, y duerma un poco, que ya casi será tiempo que tomemos las del martillado. Con esto amainó. ¿Has oido mi traza? ¿No has atendido cómo en ella acudí á todo? ¿Qué portillo dejé por cerrar? Qué razon sobró ni faltó? Y despues dirás que las mujeres somos indiscretas é incapaces y que por eso no nos dan estudio. Engañanse, y crean que si nos niegan el estudio es porque de antemano sabe mas una mujer en la cama que un estudiante en la universidad desojándose. Es nuestra ciencia natural, y por tanto las ciencias de acarreo son de sobra. No conviene que á las mujeres nos ocupen en estudios que duren de media hora arriba, porque si tal nos ocuparan, se acabaran todas las buenas trazas repentinas. Los hombres trazan de tarde en tarde y con tinta y pluma, nosotras en el aire, y por eso, para que se conserven las ciencias repentinas, no es justo nos ocupen en las de asientos. ¿Qué predicador ni qué Apolo pudiera con mas presteza remediar un peligro como el que yo remedí con solas cuatro palabras? Acaba pues de creer que hay solas, y que son mujeres. El bueno del doctor fantasma, como me oyó decir que habia en el meson gente y tanta gente, y pariente mio aroldanado, no solo no me habló, pero comenzó á temblar y á mover el aposento á puro temblor, tanto que pensé quedara como otro Cain, conocido por malhechor; pero no era su culpa tanta, pues no hubo sangre. Solíame decir mi madre: Hija, tú fueras buena para falso testimonio, porque te levantas tarde; pero en esta ocasion como sentí la mosca,